

Lazos

El calor que hacía aquel día era ciertamente inusual. El muchacho, que se encontraba arrodillado hurgando en la basura, levantó la vista hacia el cielo esperando toparse con alguna nube que augurara siquiera una llovizna. Lejos de eso, el firmamento se veía despejado y de un celeste tan intenso como el color del lago que bordeaba la ciudad.

Desde que tenía memoria había oído frases como *'Bariloche es un lugar precioso'*. Sin duda había paisajes llamativos, pero no creía que un basural a unos pocos kilómetros del centro fuera uno de ellos, al menos no en el buen sentido.

«Bueno, no es algo que vayan a ver los viajeros»

El deslumbrante brillo del sol hizo que el dolor en sus ojos no tardara en llegar. Volvió su mirada al suelo para continuar buscando lo que sería su almuerzo, pero todo se puso oscuro y borroso. Estaba cansado de sentirse sofocado, hambriento y tan profundamente solo.

El olor nauseabundo que emanaba de la tierra interrumpió sus pensamientos. Hacía años que recorría religiosamente los montones de basura en busca de trapos viejos, alimento y algún que otro objeto de valor, pero nunca podía acostumbrarse al fuerte hedor que se sentía en el lugar. La peor época era durante el verano, ya que llegaba a ser insoportable quedarse allí por más de cinco minutos. Aun así, fuera la estación que fuera y contando con tan solo un pañuelo desgastado para poder cubrir su nariz y su boca, siempre volvía al vertedero.

Eran más de la una de la tarde cuando regresó a lo que llamaba su hogar, llevando en sus bolsillos apenas unos bollos de pan duro. Allí lo esperaba Coco, un perrito que había rescatado hacía poco. Al ver al cachorro saltando de la alegría en torno suyo sonrió con amargura. Arrepentido de haber sentido tal inmensa soledad, abrazó a su amigo y se sentó a su lado para compartir el pequeño festín.

Comenzaron a devorar los bollos a la par, desaforados, intentando llenar sus estómagos vacíos. Estaba por meter en su boca el último de ellos cuando

recordó el encuentro fortuito que habían tenido unos meses atrás. En ese entonces el llanto desesperado del animal había frustrado su cena. Al principio intentó ignorarlo, preocupado de no poder darle una buena vida, pero su corazón hambriento de afecto fue más fuerte que todas sus inquietudes. En pocos días Coco se había vuelto lo que más adoraba en el mundo. Él era lo que podría considerarse su familia.

—Sos el único que sabe de mí —comentó en apenas un susurro, ofreciéndole a su compañero el bollo que había estado a nada de engullir. Agradecido, Coco movió su cola eufóricamente. El chico acarició su pelaje mientras miraba hacia la nada, pensativo. De pronto decidió romper con el silencio.

—Algún día vamos a compartir una comida mucho más rica, ya vas a ver — anunció con firmeza, como queriendo creer en sus propias palabras. Sin nada más que hacer, se acurrucaron ambos sobre el colchón de espuma viejo. Esa tarde durmieron abrazados, ignorantes del terrible infortunio que los aguardaba.

Hacía ya tiempo que no caía una sola gota de agua y los exagerados calores que se venían sufriendo en el sur presagiaban un funesto final. No era poco común escuchar las sirenas de la brigada contra incendios en esa época. De hecho, con el pasar de los años se había vuelto algo bastante frecuente.

Aquella misma tarde un gran fuego se originó dentro del basural, extendiéndose a mucha velocidad por uno de los barrios más cercanos. Fue tal su magnitud que no bastaban los camiones para poder extinguirlo. Los vecinos gritaban aterrorizados y huían fuera de sus casas, para luego ver en un primer plano cómo lo perdían todo. Algunos, atrapados dentro de lo que hasta ahora había sido su refugio al cual volver, e incapaces de escapar por sí mismos, eran socorridos por los experimentados rescatistas de la ciudad.

La abrumadora cantidad de heridos fue noticia nacional, junto con el hallazgo de los cuerpos sin vida de un joven sin identificar y, como los medios anunciaban, su presumible mascota. Ambos fueron encontrados entre los escombros de lo que parecía haber sido una humilde morada. A pesar de la monumental repercusión, la tragedia no tardó en caer en el olvido, y la vida diaria de la mayoría siguió su ritmo habitual, como si ese fatídico acontecimiento jamás hubiera ocurrido.